



Ilustración de Ignacio García

RELACIÓN APÓCRIFA DE LA FAMOSA BATALLA DE LOS ALPORCHONES

SANTIAGO DELGADO

(Ejercicio puntual de Contrahistoria dedicado a Pedro Cobos).

LAUS deo. Sepa vuesa merced que, atendiendo a su petición, tan reiterada desde que pasara a esta parte de Las Indias, acerca de que pusiese en escritura, tanto para su propia y santa edificación como para la de sus deudos y parientes, todo aquello que de piadoso hubiese acaecido en mi vida, a la que V. M. considera inmerecida y generosamente como punto menos que santa, y viendo ya que estas fiebres de malarías me han tomado en mi vejez para no dejarme más, he decidido, tras hacerme traer recado de escribir a la celda, componer la relación de cuanto quiso Dios Nuestro Señor que sucediera —y que yo recuerde— en la famosa batalla de

Los Alporchones, decidida milagrosamente por intervención de San Patricio, pues ésta fue la ocasión en que más cerca de las cosas del cielo estuvo mi pecadora alma presente. Y así, esperando concluirla antes de que mis ojos no vean ya más luz, procedo sin más, a partir de que concluya la cláusula, a esclarecer mi memoria.

Era yo asaz niño cuando la batalla, monacillo en *el Rincón de San Ginés, o de las Jaras*. Decíanme los padres que los míos de natura habíanme dejado entre ellos para que mejor aprovechase todo lo concerniente así a mi educación como a su servicio. Mas siempre cavilé yo que no fui sino simple expósito en su portón, y que contábanme aquello por no hacerme sentir corrimiento ni vergüenza en lo tocante a mi origen. Hállase San Ginés a Levante de Cartagena, en una atalaya de que se observa, azul y extendida, esa albufera que llaman Mar Menor y que constituye, yo así lo creo, una de las más hermosas obras que D. N. S. puso en natura a fin de alegrarnos la vista y hacer mostración de su poder sobre Belleza, y no al contrario, como los cada vez más numerosos amigos de la antigua e idólatra paganía nos quieren hacer creer a todos, de algún tiempo a éste. El moro Abidvar, de los gomeles de Granada, capitán de esta bandería que incursionara, saliendo desde el partido que llaman del Pulpí, llegó hasta el Monasterio donde yo moraba, saqueándolo y matando a los santos



Il·lustració de Ignacio García

monjes, mis verdaderos padres, haciendo rapiña de cuanta riqueza, consagrada o no, hallaron por las monacales dependencias. Lleváronme a mí de cautivo, que no quisieron mis pecados feneciera allí con aquellos santos varones, que así conocieron martirio. Vióme el moro infante y barbilampiño y tomóme quién sabe si para esclavo o, Dios me perdone el mencionarlo, para practicar en mí la nefanda física de niños, a la que tan viciosamente deben ser adictos quienes siguen esa falsa secta de Mahoma. Continuaron su correría, de sangre y fuego, a todo lo largo de la corta ribera del Albufera, con nosotros de obligados acompañantes. Digo nosotros, pues iban sacando gentes de las haciendas que salteaban. Tocamos las salinas del Pinatar, cerca de aragonesas tierras, y de allí emprendieron el regreso. Debo haceros conocer cómo fue que, habiendo descubierto la pequeña bodega del vino que laborábamos en San Ginés, por obligación de tenerlo en disposición para la Santa Misa, dieron en llevarse cuanta barrila y pelleja encontraron. Digo cuanta barrila y pelleja encontraron y no bebieron. Sabrá V. M. cómo es prohibido para la ley de Mahoma que beban vino sus partidarios, antes por hacer contra al cristiano que lo consagra como sangre del Redentor, que por hacer mostración de virtud y austeridad que desconocen. Pues bien, aún contra su misma ley faltan con gusto y demasía en estando fuera de su jurisdicción, sirviendo así a la perversa maldad de su natura y nacimiento. Y permitid que, en llegando a este tranco de la relación, os encomie la calidad del tal vino que no lo hay mejor en todas las Españas en punto a dulzura y cuerpo. “Ojo de perdiz”, le dicen los labradores que lo crían, como nosotros lo hacíamos, en sus bodegas, por cuanto que sus colores parecidos son a los de la pupila de la tal ave. Bien puedo decir a V. M. que todos marchaban beodos y hartamente mareados, haciendo exceso en el beber sin medida alguna. Igualmente, engullían cuanta vianda encontraban, haciéndome pensar si no tendrían continua y pertinaz hambruna las gentes que más allá de las lorquinas demarcaciones habitaban, y ésa y no otra fuera la causa de sus incursiones. Pues siendo como es una misma tierra la de Lorca y la de aquellas partes de la morería, bien pudiera ser que al separarlas la Reconquista cristiana, sufrieran un desabastecimiento de lo necesario, pues lejanas y de difícil acceso tienen las comarcas propiamente granadinas de donde se pudieran suministrar lo tocante a su despensa y avituallamiento. Así pues, se llegó el día y la hora en que los entonces mis sarracenos amos, decidieron volverse a sus casas. Nos vistieron a todos los cautivos con sus chilabas y turbantes y, atados todos como en humana cadena, nos dispusieron a su alrededor, resguardándose así ellos mismos con la traidora disposición, de manera que quien nos atacase, nos confundiera por nuestra vestimenta con mahometanas gentes, pues en rostro y faz habéis de saber que éramos una misma humanidad moros y cristianos en aquellos años. No es ello como aquí, donde estos indios de rasgados ojos y ancha boca bien se distinguen de los barbados españoles que les dominan. De aquella manera, habíamos de ser muertos por nuestros mismos hermanos. Anduvimos toda la jornada y ya cerca de la ciudad-frontera, percibimos en la hueste intranquilidad al saberse la decisión de que habíamos

de pasar a la vista de Lorca y su famoso castillo, orden que había dado un Alabed, capitán de moros. A la postre, supe luego que hubiera dado tanto igual por donde huyera la morisma, pues el comendador Lisón, de Aledo, oteando desde ese insigne almenar, había divisado la nube de polvo causada por nuestro avanzar, y hubieran venido sobre nosotros cualquiera que hubiese sido el camino escogido, vecino al mar o por el valle, pues habíanse aprestado a esperarnos para cerrar camino las mesnadas de Murcia y de Lorca, con su capitán Faxardo a la cabeza, que no lo había tan aguerrido y valiente. Bien conocido será de V. M. cómo es avistada desde Aledo toda la parte del campo espartario de Cartagena, que tal lo llamaban los antiguos romanos, así como toda la Vega de Lorca. Por ello, el comendador Lisón, de francesa estirpe pero castellano de crianza y corazón, y aún presumo que murciano, había venido percibiendo, merced al humo levantado por el fuego saqueador, toda la andanza de la malvada partida del moro. Buena atalaya es, pues, Aledo, que no sin razón fuera pretendida ya del cristiano en tiempos de aquel héroe Cid Campeador que tanto hizo por la Cruz cuando aún era Castilla en gran parte de sus términos del mediodía, jurisdicción del mahometano. Cumplía ya el sol su orto en el cielo, cuando determinó la morisma que descansáramos en ese lugar de Los Alporchones, esperando cruzar a la tarde, con la media luz, frente a la lorquina muralla para no ser notados, cuando, luego de anunciarse con sus gloriosos pendones y al son de los tambores, cayeron sobre nosotros las cristianas tropas que contra el moro habíanse apostado más arriba de donde habíamos detenido. Igual que, según cuentan las crónicas cayeran los de Don Pelayo, aquel claro varón, en las Asturias de Covadonga, ese santo lugar, sobre el moro Alcama hace hoy más de siete centurias. Y es aquí, cate Vuestra Ilustrísima la ocasión, cuando interviene el Santo Patricio, varón que evangelizara la isla de Irlanda. Habrá de saber V. M. cómo es este Santo, a más que Patrón de aquella cristianísima tierra, un algo también patrón de cautivos, pues él mismo lo fue de los piratas nórdicos que lo llevaran de su casa antes de cumplir los dieciséis años, según yo leí después cuando ya era monje, en la relación que intitulada “Confesión de Patricio” escribiera el mismo apóstol. El Santo, pues, apareció de improviso por aquí y por allá entre nosotros y comenzó de desatarnos uno por uno que todo fue visto y no visto. Por cierto que bien secundado fue en ello por un Quiñonero, lorquino de pro, que bien podía ser tratado como capitán de cautivos por cuanto era quien entre nosotros más descollaba por alcurnia y gallardía. Con él hablara el malvado Alabed, Alcaide de Vera y jefe de moros de que ya os he dado cuenta, cuando se apercibiera, por sus estandartes y clamor de atambores, de las cristianas tropas del Faxardo español, que apostadas eran cabe las rocas. Preguntárale el sarraceno cuyos eran los capitanes cristianos, y respondiérale el aguerrido Quiñonero bien y complidamente. Aún anuncióle la muerte, que el moro hubo en la batalla. Igualmente, más tarde, supimos todos que de manos de su mismo rey, en la Granada de que partiera, hubo de fenecer Abidvar, el de los Gomeles, pues que llegó contando su fracaso a aquella ciudad, arábiga entonces y cristiana desde

el mismo año en que el Almirante Colón descubriera estas partes de las Indias tras navegar la mar oceana. Así pues, en viéndonos libres, dimos en deshacernos de las chilabas y turbantes y nos vimos corriendo loma arriba para abrazar a nuestros hermanos en Cristo, guiados del bravo Quiñonero, pues el Santo Patricio, luego de desatarnos, desapareció. Juntos todos caímos sobre la morisma, que, beoda y pesada de engullir tanta provisión robada a cristiano, poco o nada se defendió de nosotros cuanto que no podía ni tanto así arrastrar su propio cuerpo. Empero, algo hicieron por librar sus pecadoras vidas algunos dellos, y fue que dieron en pedir el Bautismo y el Sacramento de la Penitencia allí mismo, todo junto y a la vez el mismo día a fin de mantener su negra alma en el cuerpo, como hiciera el Cardenal Cisneros en Granada poco ha. Aún, fue que solicitaron los menos de ellos la Reconciliación, pues los había renegados también. Se consintió con algunos y se pasó por las armas a los más, sobre todo a aquéllos a los que se encontrara en su ható objetos del culto.

Todo esto ocurrió, olvidábaseme relacionarlo y lo hago ahora, ya en los finales de mi recordación, en el caserío que llaman de los Alporchones, en la Sierra de Aguaderas, cabe la rambla de Viznaga, lugar donde se repartían los turnos del poco riego que allí había. Extrema y seca heredad, tan diferente de ésta donde V. M. y yo moramos, tan selvosa y abundante de hojas y plantas que no hay nombres para decirlas si no son los que estos mismos salvajes les dan, y cuya letra no nos es dado conocer si no por colegimientos y aproximaciones. Y así fue todo cuanto ocurrió, o por lo menos como ocurrió lo que yo recuerdo. Esto fue en festividad de San Patricio en 17 de marzo de 1452, año del señor y uno antes de que fuera decapitado en Valladolid aquel pecador Don Álvaro de Luna, de infeliz memoria para la buena gobernación de aquellos Reynos. Dios guarde a vuestra Merced muchos años.